

# Juan José Illas y el Terremoto de 1842

Por Emilio Rodríguez Demorizi.

Pronto florecería el árbol de la libertad plantado por Duarte, cuando uno de esos acontecimientos de la naturaleza que a veces son anuncio de sucesos humanos, estremeció toda la Isla y sacudió en lo íntimo el espíritu de los dominicanos: el aciago Terremoto del 7 de mayo de 1842, cuyo primer siglo acaba de cumplirse.

Yacía la patria, a oscuras, bajo la noche haitiana, vagamente iluminada por lejanas esperanzas de redención. Ningún suceso la conmovía. Al inerte señorío de los dominadores correspondía la silenciosa acción, sorda y tenaz, de los separatistas. Faltaba la alta voz de la naturaleza que sirviese de incentivo, y de anunciación y de impulso; esa misteriosa decisión que se ahinea en el alma popular indemne del riesgo de la muerte.

¿Qué influencias tuvo el espantoso cataclismo en el alma dominicana, ya abatida de continuo por la ansiedad de patria? Ciertamente es que de ello se derivaron inapreciables ventajas para la causa dominicana: los sacerdotes, iniciados en la idea separatista, aprovecharon entonces su poderoso ascendiente sobre las masas, y afirmaron aún más las creencias religiosas que el dominador menospreciaba y desmedraba, profanando los templos y favoreciendo las sectas protestantes.

En ese pavoroso sacudimiento de la tierra halló la Iglesia el impulso necesario, para ser, como lo fué, la más activa y eficaz propagadora del ideal de Duarte en la estremecida grey dominicana.

El 6 de mayo, a medio día, al regresar a su casa el joven Elías Polanco, Ana María Galbes, su madre inválida desde muchos años, le recibió diciéndole: "Llévame ahora mismo a la puerta de la Capilla de Nuestra Señora de la Altagracia, porque no hace mucho que estando en oración se me presentó la Santísima Virgen y me dijo que fuese a su Capilla y que hiciese oración, según lo tengo por costumbre cuando paso delante de ella que al punto recobraré la salud; y después anuncie un gran castigo y llame a penitencia".

Nada pudo el amoroso hijo ante el férvido ruego de la madre, y colocándola en la carretilla que le servía de vehículo, partió hacia la Iglesia. Pocos instantes hacía que la inválida estaba en oración frente a la puerta de la Altagracia, cuando levantándose por sí misma, ante el absorto hijo, emprendió rápida carrera por

las calles de la consternada ciudad, gritando: Pidan misericordia y hagan penitencia, que viene un castigo muy grande.

A los gritos de Ana María, refiere el historiador Nouel (1), salían los vecinos a sus puertas asombrados del milagro, y la seguía la gente entre medrosa y espantada, hasta llegar a la presencia del Vicario Doctor Portes. La parálitica le refirió el caso extraordinario, y luego reemprendió su carrera repitiendo a gritos sus alarmantes voces de penitencia y de castigo.

Al día siguiente, a las 12 y 5 minutos, cruzó por el cielo un grande meteoro que fué a perderse en el horizonte. Crecieron la alarma y el pavor, como si se realizara el vaticinio de Ana María, y a las 5:25 de la tarde, tras un ruido espantoso semejante al de un "dilatado trueno sordo que sin intermitencia viene acercándose", sintiéronse las primeras tenues oscilaciones de la tierra, seguidas de trepidaciones y violentas sacudidas que no permitían a las gentes sostenerse en pié ni dar un paso, y "que por su rápida sucesión semejava el furioso oleaje de un mar embravecido".

Las campanas de todas las iglesias, sin que ninguna mano las tocara, sacudidas al ritmo oscilatorio de la tierra, dejaban oír irregulares tonos, como si doblasen a muerto por la infortunada isla.

El Ozama, vuelta su corriente hacia sus fuentes, seco un instante, subía luego más allá de su cauce y de sus orillas surgían lenguas de fuego. Brotaban nuevos manantiales. Caían los árboles estrepitosamente; y desde Santo Domingo hasta Cabo Haitiano; desde Higüey hasta Gonaïves, el Terremoto dejaba el espanto de sus huellas: casas y templos abatidos; desolación, angustia y muerte por todas partes.

Junto a la Catedral, el pueblo en masa clama-

(1) Nouel, Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo. Santo Domingo, 1914, Tomo II, p. 415. Véase además Tomás Bobadilla y R. del Castillo, Memorias sobre el terremoto ocurrido en la isla de Haití el sábado 7 de mayo de 1842, en El Venezolano, núm. 121, Caracas, 26 de julio de 1842; José María Serra, Apuntes para la historia de los Trinitarios. Santo Domingo, 1887, p. 17; J. G. García, Compendio de la Historia de Santo Domingo. Santo Domingo, 1894, vol. II, pp. 183-185; y el extenso e interesante relato publicado en Le Temps, Port-au-Prince, 26 de mayo y 2 de junio 1842.



ba misericordia, mientras el Padre Portes alzaba en sus trémulas manos la Santa Reliquia, y encabezaba dramática procesión hacia el Templo de las Mercedes. Después, la ciudad quedaba medio desierta, y las familias, temerosas de quedar sepultadas bajo las piedras de sus casas, buscaban refugio en los barrios, —San Miguel, San Francisco, San Antón,— cuyas edificaciones de madera no ofrecían riesgo alguno. Y así era en todas las ciudades de la Isla, consternadas y deshechas, de cuya fatídica visión quedó recuerdo en este soneto, de aquellos días, escrito por Marcos Cabral Aybar:

#### En memoria del Terremoto de 1842

Tremendo, pavoroso, acerbo día  
en que el terror a todos confundiendo  
la imagen de la muerte precediendo  
en los mustios semblantes se leía.

Piedad! misericordia! repetía  
con clamores el pueblo, el aire hendiendo,  
mas la tierra furiosa sacudiendo,  
sepulcros en sus entrañas ofrecía.

¡Oh, tú, gran Dios que el brazo omnipotente  
tu recta justicia suspendiste!  
Ante tu sacra imagen, penitente,  
arrepentido, prosternado, existe,  
un pecador malvado, vil, perjuro,  
que implora tu piedad, de ella seguro!

Ruinosa la antigua Catedral, vencedora de los siglos, así como los demás templos de la ciudad, fué menester improvisar una ermita donde pudiera celebrarse el santo sacrificio de la misa. La plazuela de San Gil fué el lugar escogido, y allí, el 11 de mayo, en una tienda de campaña, estaba el Padre Portes conduciendo el Santísimo Sacramento. Allí mismo se erigió entonces la célebre ermita que tomó el nombre de *Iglesia de la Misericordia* (2).

Por rara coincidencia, el altar mayor de la ermita quedó precisamente sobre una vieja construcción de mampostería que en tiempos de la Colonia estaba destinada a fijar la horca en que debían ser ejecutados los criminales condenados al último suplicio. Este curioso hecho inspiró diversas poesías, entre ellas el siguiente soneto de Don Manuel Joaquín del Monte:

Este que veis ahora altar sagrado,  
Témis un tiempo lo elevó severa:  
aquí la Parca vigilaba fiera  
para escarmiento sólo del malvado:

(2) En la Misericordia oficiaban el Dr. Portes, Pedro Pamiés y Gaspar Hernandez. En mi archivo conservo, manuscritas, firmadas por el P. Portes, "en el arrabal de la Misericordia", dos pastorales: del 7 de junio y del 6 de agosto de 1842. En *Clío*, núm. 28, marzo-abril 1938, reproduce los Discursos pronunciados allí por Pamiés y por Hernandez, el 1º de enero y el 30 de abril de 1843, respectivamente.

Sangre de corderillo ejecutado  
por ministro profano se vertiera;  
y hoy santo ministro consumiera,  
la sangre del Cordero immaculado.

El pié, devoto caminante, pára,  
y contemplando en tan divino arcano,  
grato celebra religión tan pura:

Dó cruda muerte al hombre se prepara  
allí mismo ¡oh portento! halla el cristiano  
almo consuelo y eternal ventura.

Del Monte escribió, además, el siguiente soneto:

#### A la ocasión del Terremoto acaecido en Santo Domingo el 7 de mayo de 1842.

Piedad, misericordia, Ser eterno,  
ante tu trono excelso prosternado  
imploro, pavorido y anegado  
de contrición el rostro en llanto tierno.

A tus bondades, a tu amor paterno  
correspondiera, ¡necio! con pecado,  
y hoy contemplo, ¡gran Dios! anonadado,  
la eternidad, tu juicio y el averno.

Empero me reanima la confianza  
que eres tú la bondad por excelencia;  
que en tí no caben ira ni venganza,  
que ya está revocada la sentercia:  
y que todas mis culpas en balanza  
no pueden igualar a tu clemencia (3).

Otros poetas, Ana de Osorio, Félix María del Monte, se inspiraron en el tremendo cataclismo (4). El terrible sacudimiento de la tierra sería precursor de dos grandes sacudimientos sociales: la caída de Boyer, en 1843, y al siguiente año la proclamación de la República, como si la naturaleza viniese en auxilio de los ansiosos de libertad. Y todavía el pueblo, entonces menos sensible a las cosas humanas que a las cosas del cielo, repetiría con íntimo pavor:

El día siete de mayo  
del año cuarentidós,  
pedíamos todos de rodillas:  
¡misericordia señor!

El verdadero cantor del terremoto fué el venezolano Juan José Illas, autor de la *Elegía*,— que ahora se reproduce por su valor histórico,— calificada de "enorme y lamentable" por el Dr.

(3) *El Venezolano*, núm. 119, Caracas, 12 julio 1842.

(4) Los versos de Ana Osorio (?-1851) pueden verse en mi libro *Poesía popular dominicana*. Ciudad Trujillo, 1936, p. 178. Los de Félix María Del Monte, dedicados "A Encarnación Echavarría después del horrible terremoto del 7 de mayo de 1842", se conservan inéditos en un cuaderno de poesías en poder de su hija Mercedes Del Monte y Echavarría.

Pedro Henríquez Ureña. Las más extensas noticias de Illas, que conocidas, son las que ofrece el Dr. Apolinar Tejera: "El capitán Illas, estimable e inteligente emigrado venezolano establecido en la ciudad de Santo Domingo, tomó cartas honrosamente en nuestros asuntos domésticos. Fué secretario del General Mella, (5) cuando este prócer de la gloriosa Separación dominicana era comandante en jefe de los departamentos del Cibao. En 22 de agosto del 1844, día nefasto, la segunda Junta Central Gubernativa, aborto del motín militar consumado el 13 de julio en la plaza de Armas, actualmente parque de Colón, de esta capital, declaró traidores a la Patria i despuestos de sus cargos, a Duarte, el fundador de la República, digno siempre de admiración i respeto i a los principales febreristas, i los condenó además a perpetua proscrición. Comprendido el capitán Illas en el número de los ilustres reos de lesa nación, fue espulsado en el mismo mes de agosto, con Sánchez, Mella i Pina. Aciaga estrella la de estos nobles i esclarecidos repúblicos. El Capricorn, bergantín mercante inglés que zarpó del Ozama para Liverpool cargado de madera, i en el cual los embarcaron sus crueles enemigos políticos, por pura maldad, para que sufriesen en lejana i estraña tierra las penalidades de la miseria i los crudos rigores del próximo invierno, sin tener donde volver los ojos; el Capricorn, repito, potala que no hacía buen camino desde su salida de Santo Domingo, tras lenta i pesada navegación, cosa de anos noventa días, concluyó por anegarse cerca de Anglesey, en el mar de Irlanda, de peligrosas corrientes. Los pobres naufragos arribaron trabajosamente a Dublin, i obligados a implorar la caridad pública, encontraron en un hospicio humanitario albergue. Illas no volvió mas nunca a Santo Domingo (6)".

Juan José Illas vivía en Caracas en las primeras décadas del siglo XIX: quizás recogió en su espíritu infantil las impresiones vertidas en el siguiente soneto:

**AL GRITO DE LIBERTAD QUE DIO  
CARACAS EL 19 DE ABRIL DE 1810**

Era una noche de opresión y llanto,  
Larga noche de siglos, vergonzosa,  
Grillos, cadenas y existencia odiosa  
La tierra de Colón Nevaba en tanto.

Como retiembla atronador quebranto  
De hirviente lava que el volcán rebosa  
Así la voz terrible, estrepitosa,  
Del indignado pueblo pone espanto.

(5) Mella y J. J. Illas llegaron a Santo Domingo el 28 de agosto de 1844, como representantes del Cibao, con motivo de los sucesos políticos de esos días. Al llegar, en la misma Puerta del Conde, escenario de la gloria de Mella, fueron presos por orden de Santana.

(6) Dr. Apolinar Tejera, *Literatura Dominicana*. Santo Domingo, 1922, pp. 40-41.

I al grito de los libres, que escandece  
A los tiranos, por doquier se empeña  
La lid sangrienta, que en rencores crece.

Triunfó la libertad, de gloria ensueño,  
El iris de Colombia resplandece  
I una heroica nación nueva aparece. (7)

Es muy probable que Illas presenciara el Terremoto ocurrido en la capital de Venezuela, pues en un interesante folleto titulado *Terremoto en la Isla de Haití, o sucesos memorables del 7 de mayo de 1842*, posiblemente del mismo Illas, dice lo siguiente: "Me ha parecido más fuerte que el de Caracas, de que también fuí testigo el año de 1812, lo que atestan diversas personas respetables que en aquella época residían en dicha ciudad (8)."

El poeta y soldado y adicto amigo de Duarte, escribió, "el mismo 27 de Febrero de 1844", el siguiente himno de guerra, fatalmente incompleto:

Estríbillo:

A la lid, al combate, a la gloria,  
compatriotas, unidos marchemos  
y en la cruz de la espada juremos  
guerra! guerra al haitiano agresor!

De Navarra las ásperas cumbres  
treparé con valientes soldados,  
a vencer o morir denodados  
hasta más no poder resistir.

Estríbillo:

.....  
Cuatro lustros de oprobio pasaron,  
cuatro lustros de mengua y baldón,  
cuatro lustros de bárbaro yugo  
sobre el pueblo infeliz de Colón.

Estríbillo:

.....  
También ved al gallardo mancebo  
que inflamado de bélico ardor,  
al partir a su amada le dice:  
a ser digno de tí, voy mi amor....

Otra estrofa comenzaba con este verso:

También ved al valiente soldado... (9)

El infortunado poeta venezolano, dominicano

(7) J. E. Machado, *Centón Lírico*. Caracas, Venezuela, 1920, p. 20.

(8) No se reproduce este rarísimo folleto de 8 páginas, seguramente impreso en 1842, porque al ejemplar que poseo le faltan dos páginas.

(9) De un Cuaderno de poesías, manuscrito de la adolescencia del Dr. Pedro Henríquez Ureña, que se conserva en el Museo Nacional. En el periódico *El Progreso*, S. D., 9 oct. 1853, hay una poesía de Illas, *El beso*.



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

por su acción patriótica y por sus cantos, murió en Valencia, Venezuela, en diciembre de 1880. Más que por su calidad poética, lamentablemente escasa, se reproduce su ELEGIA por su valor histórico. Que ello es también un homenaje al poeta por sus generosos servicios a

nuestra Patria, y por el noble sacrificio de su adhesión a Duarte y a Mella, causa de su gloriosa desgracia.

Emilio Rodríguez Demorizi.

mayo de 1942.

## ELEGIA (\*)

Juan José Illas

No ya con lira de marfil dorada  
En tiernos metros se alzaré mi canto:  
Dadme al punto una de ébano enlutada;  
Que yo diré el horror, la muerte, el llanto,  
Los estragos sin fin en que abismada  
La misera nación de Hayti se mira  
A impulsos ¡ay! de la terraquea ira.  
Y tú, Delfico Dios, presta a mi mente,  
La inspiración ardiente;  
Haz que yo pueda en elegíaco ensayo  
Pasar en verso a la remota gente,  
La espantosa catastrofe de mayo.

Era ya la hora en que descrito había  
Su carrera inmortal en claustro de oro  
El padre de la luz: finaba el día....  
En los cóncavos senos de la tierra  
Atormentado el trueno, de repente  
Retumba sordamente;  
Y a su mujir horrible cuanto encierra  
El áspero elemento  
Se conmueve, agitado, hasta en su asiento:  
Crujen los ejes de diamante duro,  
Sacúdense, convulsa, la gran mole (1)  
Largo rato ensañada; el ayre puro  
De mefítico olor queda infestado;  
Rompe el mar su barrera,  
Rapaz invade y traga; el sol velado  
De un triste resplandor baña la esfera,  
Y pálido y temblando a lento paso  
Por las puertas desciende del ocaso.

¡Qué confusión! ¡Qué horror! ¡Qué espanto!  
Braman los montes cual airado toro;  
El copulento cedro, el alto pino  
Del tronco hasta la copa se estremecen,  
Y jimen y se mecen  
Chocandose entre sí con fuerza tanta  
Que a tierra vienen junto,  
Hojas, ramas y troncos en un punto.  
Tal en el llano con soberbio encono  
Dos enormes gigantes abrazados  
Luchan encarnizados;

(\*) De la Elegía hay dos ediciones, de 1842 y 1872. En esta reproducción se utiliza la primera, sin omitir las notas del mismo autor.

(1) El fuerte movimiento de la tierra duró según unos, dos minutos y según otros, de 80 a 90 segundos; este último cálculo parece el más acertado. Y de fatiga y de furor rendidos, Caen midiendo el suelo con estruendo.

El uno junto al otro en rabia hirviendo,  
Ninguno vencedor, ambos vencidos.

Horror inspira cuanto al campo asiste:  
Por mil grietas la tierra abre mil bocas  
Y amenaza tragarse cuanto existe;  
Se precipitan de las altas cimas  
Los mas duros peñascos desgajados;  
Los Rios espantados,  
Su rápida corriente  
Detienen, retroceden y buscando  
Van el abrigo de la oculta fuente (2):  
Aca y allá se ven los animales  
Por senderos estraños dirigirse,  
Azorados vagar y confundirse  
Y cien veces volver sobre su paso,  
En miedo y estupor todos iguales;  
El fiero Alcon y la Paloma unidos  
Ni aun pueden distinguirse,  
Tal es la confusión que así mezclada  
Se ve revolotear la especie alada:  
Todo aumenta el pavor en esta hora;  
Y del can valeroso el sordo aullido  
Infunde mas temor al aflijido.

Que es lo que veo? En grueso torbellino  
De polvo se levanta parda nube,  
Que arrebatada sube,  
Y un ruido estrepitoso ha resonado:....  
Santo Dios! ¡El mundo ha fracasado!  
La destrucción universal parece  
Que envuelta en sombras por momentos llega!  
¿En donde, en donde están esas Ciudades,  
Mansiones del orgullo y de molicie,  
Al través de los siglos conservadas?  
A plomo derribadas,  
De su antigua grandeza y de su gloria  
Un fueron solo queda en la memoria:  
¿Los pueblos las aldeas, qué se hicieron?  
En donde Hayti ha sido?  
¡Ay! que ya todo, todo ha sucumbido  
Del terrijeno impulso a la violencia,

(2) En toda esta descripción no hay nada de exagerado. En muchas partes se abrieron anchas y hondas grietas, y dos personas han sido tragadas hasta mas de la mitad del cuerpo; pero afortunadamente fueron sacadas, una sin lesión alguna, y la otra con un pequeño estropeo. Los ríos también presentaron la mas estraña revolución en el orden natural, retrocediendo de sus corrientes en el acto del estremecimiento mas potente, y en algunas partes se notó que saltaba el agua en borboliones como hirviendo.



del mar sañudo al tragador desvelo,  
Y de la llamada al devorante anhelo! (3)

Huyamos, musa, que mi incierta planta  
Al vibrar de la tierra ya flaquea;  
Mi cuerpo bambolea,  
La lira se desprende de mi mano,  
Y erizado el cabello más me espanta  
La vista de este cuadro sobrehumano!  
Pero ¿a qué parte iré que libre el alma  
pueda sin miedo respirar la calma?  
Ved cual corre la gente; en su semblante  
El miedo y el pavor pintados llevan:  
Pálidos, sin aliento,  
Los unos se prosternan y llorando  
La voz misericordia al cielo elevan;  
Otros ved que buscando salvamento  
Corriendo y tropezando,  
También misericordia van gritando.  
El encorvado anciano  
Su vacilante paso  
Sin saber donde vá mueve al acaso;  
El esposo a la esposa busca en vano,  
El párvulo inocente,  
Estraviado y sin guía, jime y llora;  
Suelto el cabello y transformado en cera  
El rosado carmin de su mejilla,  
La Virgen, desolada, a Dios implora  
Piedad, favor; y con su faz austera  
El grave sacerdote penetrado  
De temor religioso, se arrodilla  
Y ante la excelsa majestad se humilla.  
¿No escucháis, no escucháis los alaridos  
Que el ayre hieren con su triste acento?  
Esos son ¡oh desgracia! los jemidos  
De víctimas sin cuento  
Que yacen mutiladas,  
Bajo escombros y ruinas sepultadas:  
¡Allí una madre tierna! digna madre!  
Sin vida, abandonada,  
Con su hemmoso pimpollo está abrazada:  
Salva se viera; más al hijo no halla,  
Y ¡oh sentimiento jeneroso y puro!  
Vuelve a buscarle, y al entrar estalla  
El edificio y queda bajo el muro.  
Allí ancianos, mujeres, grandes, chicos,  
Sin susto, en paz ya duerman, y la muerte  
Sus negras alas bate  
Sobre el frío corazón que más no late:  
Allí estan mil tesoros adquiridos  
En afanosa vida.....  
De la instable fortuna caprichosa  
Allí en fin los favores, ya perdidos,  
Se miran confundidos

(3) No hay un lugar en toda la isla que no haya experimentado daños mas o menos considerables en la catástrofe; pero en este canto se llama la atención sobre aquellos pueblos que han sido arrasados por efecto del terremoto, invadidos por el mar y consumidos por la llama. La famosa ciudad del Guarico sufrió esta última desgracia cuando ya estaba toda destruida; y se cree que el incendio fué ocasionado por la caída de algunos techos sobre las chimeneas. De cinco a seis mil personas han perecido allí.

¡Oh suerte desastrosa!  
Con los miembros de tantos desgraciados  
A la par que insepultos destrozados.

Almas sensibles al dolor y llanto,  
Humanos corazones, si sois blando  
Al padecer del prójimo y quebranto;  
Venid a presenciar el trance fiero  
Del hijo que los restos venerandos  
De su adorada Madre halla y procura  
Sollozando cavarles sepultura;  
Del solícito padre que descubre  
El cadaver del hijo mas querido,  
Y el ya desfigurado rostro cubre  
Con el suyo apretándolo afligido;  
Del joven sin consuelo que con gritos  
De dolor mas que agudo el ayre llena,  
Al ver sobre la arena  
El cuerpo ya sin vida  
De la esposa que le era prometida,  
Y en la livida mano, aun así bella,  
Con ardoroso labio un beso sella;  
Venid a ser testigos de esta escena  
Y a verter con el mísero que jime  
Llanto de compasión, humanas gentes;  
La caridad sublime,  
De todas las virtudes la primera,  
Es aquí, sí, aquí es que estar debiera.  
Pero ¡ay! que la agonía  
De tan aciago día  
El susto y el dolor van aumentando,  
Al paso que se mira transmontando  
De la tarde la luz en Occidente;  
Melancólica y turbia desaparece,  
El último crepúsculo se apaga,  
Y la tierra del todo se obscurece.

¿Quién pudiera pintar de aquesta noche  
La imagen pavorosa?  
Oscura y tenebrosa  
En fatidico manto envuelta viene;  
Y al punto se detiene,  
No para dar descanso al pecho inquieto  
Que de beleños fresca y perfumada,  
No viene cual soliera coronada;  
De un vapor sofocante orlada trae  
La negra cabellera desgajada;  
Y en la rugosa frente,  
Do moran los relámpagos y el trueno,  
En rojos caracteres está escrito:  
Yo protejo el delito;  
Yo encubro al delincuente;  
Soy espanto del bueno,  
Y todo cuanto hay malo está en mi seno.  
¡Oh noche! tu presencia aquí revela  
A el alma entristecida  
Que la desgracia vela,  
Una nueva desgracia decidida!  
Y no es vana ilusión, no, que se apresta  
La maldad al delito ya dispuesta.  
Como un horda de Tártaros que invade  
La pacífica aldea,  
Y entregada al pillage se recrea  
En el precio del crimen detestable;  
Sin piedad ni temor todo lo huella



Y las leyes mas santas atropella;  
De la misma manera  
Centenares de monstruos que han salido  
Del Báratro sin duda, con la fiera,  
La insaciable avidez de lobo hambriento  
De ruina en ruina van hasta el cimientto  
Cavando y recavando;  
De todo cuanto encuentran se apoderan;  
Y pillan y amenazan, e insolentes  
ultrajan a la gente  
Insultan la desgracia,  
La pública aflicción; y su fiereza  
Y su terrible audacia  
No conocen ni límites ni freno;  
Ya que desprecian con descazo impío  
Las leyes y los hombres en la tierra,  
Y al que todo es poderío  
Y en la altura en su mano el rayo encierra (4),  
¡Maldición, maldición caiga sobre ellos!!!

Decid, oh fratrícidas, de que masa  
Es que se hiciera vuestra infame raza?  
Malvados, ¿no teneis alma ni pecho,  
Ni temeis de los cielos el castigo?  
Que, hiciera el enemigo,  
Por bárbaro que fuese,  
Con lo que estais haciendo  
A la llorosa humanidad hiriendo?  
Idos ¡ingratos! idos de este suelo,  
No mas le profaneis con vuestra planta;  
Que sobrada dolor y desconsuelo

(4) La población de Santiago y la del Guarico han tenido que lamentar también la inesperada calamidad de un desenfundado pillage en los momentos mismos en que la tierra aun toda removida, amedrentaba con fuertes y repetidos sacudimientos. En Santiago pudo haberse evitado este mal, puesto que los que quedaron vivos en la caída de los edificios no tuvieron por que abandonar el lugar, como los del Guarico, huyendo del incendio; pero corren las voces de que el Señor Cura Presbítero Domingo Antonio Solano fué quien los exi-  
tó a salir, diciéndoles: que aquel era un castigo evidente sobre Santiago; que el huía por que el sitio iba a hundirse con las ruinas, y que el que no le siguiera pe-  
recería víctima de su temeridad; de donde según dichas voces resultó que los intereses quedaron en un total abandono espuestos a ser, como fueron, la presa de una horda de malvados. Si esto es positivo, hablando con el respeto que se debe al alto ministerio del Sr. Solano, puede decirse en este caso que él es el contraste de los demás Sacerdotes que como él tienen la honrosa misión de apacentar su grey. En Santo Domingo el Vicario General Dr. Tomás de Portes, y el Dr. Bonilla, en el Guarico, el Presbítero Toribio Mota, en Puerto Plata, el Dr. Manuel González de Regalado y Muñoz, en la Vega, el Presbítero Eugenio Espinosa, en Moca el Presbítero Silvestre Nuñez, en el Seibo el Presbítero Julián Aponte y otros Eclesiásticos de la Isla; han desplegado en esta ocasión con brillantez una conducta que les hará honor; sin abandonar su pueblo, en medio de sus afligidos feligreses han repartido auxilios y consuelo, con apostólico fervor; y en todo y para todo han contribuido a fin de conservar el orden en tan aciagas circunstancias.

Tiene ya con los males que lamenta  
Entre susto, miseria y pena tanta;  
Y bástale, sí, bástale la afrenta  
De haberos producido,  
Y como a propios hijos mantenido.  
¡Ah! que todo a la vez aqui conspira  
Asaz, y todo para el mal se ceba,  
Todo a la muerte aspira  
Y de la destrucción el sello lleva!

Y nuevos movimientos  
De vez en cuando la iracunda tierra  
Repite, ya pausados ya violentos,  
Empero siempre, siempre precedidos  
De un extraño rumor que al pecho aterra;  
Cual si abajo en los duros fundamentos  
Del Tártaro espantoso el angel monstruo  
Encadenado fuera,  
Y esfuerzos mil hiciera  
Por sacudir de la abrumada espada  
El grave peso de la inmensa mole,  
Con furor reprimido  
A cada impulso dando  
Un dilatado y horrido rujido.

En fieras agonías  
Los míseros vivientes,  
De vez en vez así la muerte esperan,  
Y mil muertes reciben lentamente;  
Cual reo desvalido,  
Que en la fatal capilla colocado,  
De la campana el fúnebre tañido  
Escucha por momentos, preocupado,  
Y espera agonizante  
De su vida el postrero y duro instante.

Y aun no cesa el estrago, que la mano,  
La oculta mano que castiga, impera,  
Y a los ministros de su fuerza envía;  
Y en rápida carrera  
Terribles los desastres  
Unos a otros sucediendo vienen,  
Como las olas agitadas corren  
Unas tras otras a azotar la arena.  
¡Ay de los que aún tienen  
Bajo las ruinas de la vida un resto!  
¡Infelices! el fuego los condena  
Ora a una muerte cuanto cierta horrible  
Ya viene, ya se acerca... irremisible,  
Por entre escombros y trozados cuerpos,  
Un ancho paso a su flagrante insignia  
Abre bramando, y cinericia deja  
Humeante huella do la faz refleja.

Altos clamores, lastimeros gritos  
El ayre asordan y socorro piden;  
La desesperación en vano clama;  
Que férvida la llama  
Sanguineas ondas de encendido río  
Forma entre espeso torbellino de humo,  
E invade y presto pasa,  
Y más que presto cuanto toca abrasa.  
¡Ah que el sublime horror de aqueste cuadro  
No hay un pincel que retratarlo pueda!  
Mi debil musa queda  
Desfallecida al emprender la obra;



Que si materia para el estro sobra,  
El mudo númen con asombro mira  
Lo que no es hecho para humana lira.

¡Oh suelo infortunado! cuanto, cuanto  
De tu destino lamentarte debes!  
Tus pobres moradores  
Suspenderán su llanto  
Y su aflicción y desconsuelo un día,  
Sí, que todo del tiempo a los rigores  
Cede docil, no habiendo nada estable  
En el mísero globo en que vivimos:  
La pena y la alegría,  
Placeres y dolores  
Que en la vida lloramos y sentimos,  
Son como los abrojos y las flores  
Que al pasar por el prado lleva el agua  
Al andhuoso seno de los mares:  
Como allí los abrojos los pesares,  
Y así como las flores, los contentos  
Desaparecen del tiempo en la medida  
Dejando solo vagos pensamientos:  
Pero este día, día memorable,  
Día aciago, terrible, inexplicable,  
En la memoria quedará gravado  
Con espantoso sello;  
Y al referirlo a nuestros nietos todos,  
Erizado el cabello,  
La faz desencajada, el pecho opresso,  
Aun sentiremos del horror el peso.

Silencio y soledad, mustios collados,  
Enhertadas campiñas,  
Recintos de ciudades despoblados  
Un vasto cementerio es lo que queda  
De los primores y genial belleza  
Con que a naturaleza  
Próvida, plugo engalanar la tierra  
Do el atrevido Genovés primero  
Buscó derechos a un Monarca ibero (5);  
La tierra que al hispano  
Le dio por realizada  
La inspiración del genio, y dióle entrada  
Al rico y fértil mundo americano:  
Apenas restañaba sus heridas  
Y los males curaba que sufriera,  
De la intestina guerra, guerra horrible,  
Que de su libertad el precio fuera (6);

(5) El día 6 de Diciembre de 1492, fué descubierta la isla de Santo Domingo, hoy Haití, por el inmortal Colón; esta isla es rica en todas producciones; su territorio es fértil y dá todo lo necesario para la vida: abunda en ganado vacuno, lanar, caballo, mular y de cerda; encierra minas de oro, plata, hierro, cobre y plomo; sus montes están poblados de la mas preciosa caoba que se conoce, y muchos y hermosos ríos la fertilizan, de los que los mas notables son el Yuna, el Artibonito, el Ozama y el Yaque.

(6) En 1789 estalló la famosa revolución que tuvo por base el reclamo de la igualdad de derechos; pero los dominadores europeos tenaces en negarla dieron lugar a la insurrección de 1791 que en poco tiempo hizo de toda la parte francesa un campo de carnicería y desolación; en 1801 los indígenas proclamaron su independencia; algún tiempo después Dessalines se eri-

Cuando todo era paz, y dicha y gozo,  
Y dulce sonreía  
Un porvenir dichoso  
Al labrador premiando sus fatigas,  
Y el mercador activo y afamoso  
De su trabajo el lucro recojía;  
La tremebunda mano del destino  
Cambió la faz de la fortuna ciega,  
Y a una espantosa destrucción entrega  
Hasta las obras de vetusta hechura  
Que el tiempo respetara  
Y con sus lentas manos no tocara.

¡O tú que envanecido  
Estabas de tu fama y tu grandeza;  
Tú que viste en tu suelo, orgullecido,  
La corte de un soldado  
De valiente afortunado,  
En todo este hemisferio el rey primero,  
Rey cuyo trono levantó su acero!  
Tu que viste ¡oh Guarico! desdeñoso (7),  
Besar tus pies humilde el mar salado,  
En tanto que la frente enseñoreabas  
Y altivo la ocultabas  
Entre las nubes do se enjendra el rayo,  
Y en doradas carrozas tus señores  
Ostentaban el lujo y jentileza  
De aquellos moradores  
Que del Asia se dicen poseedores;  
Levántate del polvo en que ora yaces,  
Levántate, si puedes, y responde,  
¡Oh pueblo desgraciado! En donde,  
En donde están ahora  
Tus palacios tus parques, tus cuarteles,  
Tus jardines hermosos en que Flora  
Su gracia diseñaba y los verjeles  
Útiles y agradables,  
Por do quiera a la vista interminables?

jió en emperador con el nombre de Jacobo 1º, pero habiéndose hecho insoportable por sus crueldades, fué asesinado; y de esta época data el poder de Cristóbal que fué declarado generalísimo; teniendo por su segundo a Petion. El pueblo sin embargo deseaba un sistema representativo, y Petion que tenía una alma toda republicana, se puso a la cabeza y combatió con Cristóbal; quien en 1811, habiendo ganado la voluntad de sus tropas, se hizo consagrar Rey de Hayti con el nombre de Enrique 1º; quedó por consiguiente la parte francesa de la isla dividida en una Monarquía y una República de la que fué proclamado Presidente Petión. Murió Petion habiendo ya consolidado su gobierno y llevando al sepulcro la gratitud y bendiciones de sus conciudadanos; y el Jeneral Boyer, su sucesor y actual Presidente, tuvo la gloria en 1820 de unir toda la parte francesa bajo su gobierno aprovechándose habilmente de una revolución ocurrida en el Guarico contra Cristoval quien en la imposibilidad de hacer frente a los insurrectos se dió un pistoletazo. Finalmente en 1822 se unió la parte española a la francesa haciendo de toda la isla una sola República.

(7) Hoy se llama el Cabo Haitiano: ciudad que por el orden y simetría de sus calles, la hermosura de sus casas la grandesa de sus edificios públicos y el lujo de sus habitantes, se ha dicho que era le petit Paris.



Nada, nada hay ya, que sepultado  
Está todo entre escombros y abrasado.

¡Sans-Souci! ¡Sans-Souci! ya de tu gloria (8)

Apenas quedará para la historia

El recuerdo que fuiste la morada

Del soberbio monarca,

Que entre tus muros fué donde la Parca

Quebró la rueda de su audaz carrera,

Y trocando la suerte,

Puso en sus manos con sonrisa fiera

El instrumento que infligió su muerte.

Al bullicioso ruido de festines

Que en tus salones resonar se oyera,

Y al bélico sonido

De la trompa guerrera,

En cambio ha sucedido

El fúgubre graznido

De pájaros nocturnos que se hospedan

Ora en las ruinas que a tu nombre quedan.

Y a quién el caminante

Irá espantado a preguntar un día

Port-au-Paix, lo que fuiste?

Quien del Mole, Saint Marc y Gonaives

Referirle podrá la suerte triste

Que en todo semejante fué a la tuya?

En vano, en vano buscará un viviente,

Un vestigio, un recuerdo que le instruya...

El hado que, inclemente,

Fulminó su decreto, así lo quiso,

Y quiso que ignorados

Quedasen cuatro pueblos,

En tan cortos instantes

Derruidos, abrasados,

Y con sus infelices habitantes

Por el embravecido mar tragados.

Y tú del gran Colón la predilecta,

Egreja Dominicana (9),

Ciudad noble y selecta,

Entre las bellas indias la primada,

Famosa en nombre, en edificios rica,

Rica en talentos, de los jenios cuna;

Célebre patria de varones claros;

Patria de Heredia, Núñez y Valverdes,

De tus glorias ilustres monumentos;

Patria de tantos cuyos nombres tienen

De Minerva en el templo noble asiento (10);

¡A cuánta angustia y pena,

A cuanto luto, llanto y desconsuelo

(8) Bella aunque pequeña población que se halla situada a unas cinco leguas del Guarico y en donde el Rey Cristóval tenía un magnífico Palacio de residencia y su corte, allí fué que se quitó la vida.

(9) La ciudad de Santo Domingo la más antigua del nuevo mundo y que fué llamada primada de las indias; Colón estableció en ella su morada.

(10) Es también la patria de los Aybares, Barrietas, Bernales, Bobadillas, Campuzanos, Caros, Carmenas, Correas, Delmontes, Fauras, Francos, Marquez, Morillas, Mosqueras, Monteverdes, Paredes, Ramires, Regalados, Sterlignes, Zerezanos, y otros que sería largo referir, famosos todos en las letras y que por sus talentos son la gloria del suelo en que nacieron.

El cielo te condena!

Hoy en tu amargo duelo

Recuerdas, infeliz, tu ser primero;

Y atonito el viajero

Mira en tus muros y en tus altas torres

Que en duración al tiempo desafiaban,

De la aniquilación la faz airada

En todos retratada;

Y tus hijos te sienten ya perdida

Al ver á extremo tanto reducida

La prenda de tres siglos afamada.

¡Abismase la mente

Y llanto el pecho brota

Contemplando ese templo suntuoso (11),

Que pasmada admiró la estraña gente!

Su soberbia fachada tristemente

Maltratada se nota;

Su arquería y columnas atrevidas,

Que a fuerza de ser fuertes se mecieron

Al vibrar de la tierra y no cayeron,

En partes mil hendidas

Aparentan ceder; y lastimado

El artesón dorado,

En ellas vacilante,

Amenaza así mismo á cada instante.

Ya no más en la bóveda elevada,

Entre nubes de incienso, gravemente

Resonará el acento

De los sacros ministros; ni, postrada,

Inmensa muchedumbre, el pavimento

Hollará reverente;

Ni el místico instrumento,

Fuerte, noble, y sonoro,

Hará ya retemblar el alto coro:

Que el Dios que allí tenía

Dignísima morada

Y asiento y culto y ara,

Hoy le abandona.... el santo sacrificio

Del humilde cordero se consume

Dó se alzara a los hombres el suplicio... (12).

¡Estraña mutación! ¡Oh quien creyera

Que el lugara del castigo en algún día,

Altar (después de una borrasca fiera)

De nueva redención a ser vendría!

Pero á donde me arrastras, musa, ahora?

Que sitio es este en que mi planta pisa

Incierta y aún medrosa?

Es aquí la caverna donde mora

El genio del horror y del espanto?

(11) De todos los edificios públicos de Santo Domingo la Catedral es el mas magnífico y magestuoso, esta obra tan sólida que fué principiada en el año de 1514 y concluida en el de 1540 ha resistido a los frecuentes temblores, que ha experimentado esta Isla, y solo en este último es que ha cedido demostrando que era obra del hombre.

(12) El matadero; lugar llamado así porque en él está el edificio destinado a la matanza del ganado para el abasto de la ciudad; allí levantó el gobierno español un patíbulo en 1820 para poner el garrote, en el que no llegó a verificarse ninguna ejecución, y allí es que se halla depositado hoy el Sacramento.





Que promontorio es ese que divisa  
 La vista en él dudosa?  
 Que esas infames masas  
 Dispersas en la tierra,  
 Y este silencio que a mi pecho aterra?  
 Nada aquí me responde; sólo eco  
 En el cercano monte  
 Bronco retumba y seco,  
 ¡Ay! que sin duda alguna  
 En la horrible catástrofe que canto  
 De las yermas ciudades esta es una  
 Dó toda ha perecido!  
 Y por qué, fuerte Dios, Señor temido,  
 Castigo tan terrible estrago tanto?  
 Por que han de confundirse los malvados  
 Con el niño inocente y con el bueno?  
 Se premian de este modo las virtudes?  
 Los destinos, los hados  
 Y las vicisitudes  
 Son iguales al justo y al perverso?  
 Es así que se rige este universo?

No bien yo pronunciaba estas palabras,  
 Inmóvil y apoyado en un escombros,  
 Cuando oigo con asombro  
 Una voz estentórea que me grita:  
 "¡Calla, calla, profano!"  
 Y calla, calla, repite  
 La selva, el valle, el llano,  
 La ladera y el bosque más lejano.  
 De susto y de terror sobrecojido  
 Vuelvo el rostro y observo por mi espalda  
 En la dormida falda  
 De la fresca colina,  
 Que a aquel sitio de horror está vecina,  
 En forma gigantesca adusto anciano,  
 Nervudo y musculoso,  
 Que en la fornida mano  
 Un ancho caracol empuña airoso;  
 De juncos y de cañas coronada  
 La carcomida y ancha sien severa:  
 Y sacudiendo de su faz rugada  
 La blanca cabellera  
 Oye, dijo, y me habló de esta manera:

"Ese lugar de llanto,  
 De ruinas y de escombros, silencioso,  
 Que inspira con su vista rudo espanto  
 Y temor religioso;  
 Ese que ves recinto solitario,  
 Fué no ha mucho en la humana fantasía  
 Objeto de un orgullo temerario:  
 Ufano de su estado  
 Un gran pueblo era ayer, que contenía  
 Millares de habitantes y riquezas,  
 Bajo un cielo sereno y despejado,  
 En medio de su fausto y sus grandezas,  
 De risueñas campiñas rodeado:  
 Ese en fin era Santiago..... (13)

(13) Santiago era una de las mas grandes y hermosas ciudades de la isla, situada a la derecha del magestuoso Yaque en el espacioso llano de a Vega real: ha quedado totalmente arrasada y han perecido bajo sus ruinas sobre 500 personas.

Yo el Yaque soy, que en nada (14)  
 Cedó, a pesar del formidable estrago,  
 Al Guadalquivir, al Ebro y Tajo undosos  
 Que en versos tan famosos  
 Celebran los poetas españoles;  
 Solo me falta para ser como ellos  
 Quien me cante también en versos bellos:  
 Yo con mis aguas puras, obsequioso,  
 De cien generaciones  
 He apagado la sed, y jeneroso  
 Reparto aquí mis dones,  
 Fertilizando valles y praderas  
 Desde el monte do el Yuna nace en hilos  
 Hasta aquellas riberas  
 Que apellidan de Cristo,  
 Y allí por donde salgo el mar se aleja  
 Y seagando la orilla un codo deja:  
 Yo aquí inmutable, he visto  
 Rodar los siglos sobre mí; y testigo  
 Fuí en otro tiempo de la audaz empresa  
 Del Héroe Genovés, que en ese cerro (15)  
 Que ves allí empinado,  
 Trepó cual Marte armado,  
 Y lleno de valor y de fiereza  
 Combatió con mis indios tenazmente;  
 Venció como valiente,  
 Y su piedad, agradecida, al Cielo  
 Levantó religioso un monumento.....  
 Vedlo allí derretido sobre el suelo!  
 Yo he sentido temblar todo el cimiento  
 De esta tierra fatal mil y mil veces,  
 Y a su iracundo choque en un momento  
 He visto las ciudades mas pobladas  
 Unas huncidas otras derribadas (16):

(14) Este río es uno de los principales de la isla y cuyas pintorescas riveras son deudoras a la naturaleza de todo cuanto puede encantar la vista y los sentidos.

(15) El llamado Santo Cerro, donde Colón tuvo un muy reñido combate con los indios y habiendo vencido mandó levantar en él un convento: este edificio que por su solidez resistió al temblor que experimentó esta isla en el año de 1564, en cuya época tenía ya 39 años de construido, ha sido derribado hasta sus cimientos en esta ocasión por el mas fuerte de los terremotos de que aquí se tiene noticia.

(16) Los grandes terremotos de Haití que se conserva memoria, han sido el 1º que destruyó y hundió las antiguas ciudades de la Vega y Santiago y fué el 20 de Abril del año de 1564 a las nueve de la mañana, día sábado a la misma hora que en ambas ciudades se celebraba la misa de la Virgen. El 2º el del 18 de Octubre de 1751 que desmoronó toda la ciudad de Compostela situada a la orilla del mar hácia el sud, y de la que sus habitantes horrorizados huyeron y fundaron la que hoy se encuentra bajo el nombre de Azua, como a media legua del mar; y el 3º y último este del 7 de Mayo del presente año que fué a las cinco y media de la tarde y ha derribado enteramente a Santiago, el Guarico, Port-au-Paix, el Mole, Sain Marc y Gonaives, que ha destruido hasta los mas sólidos edificios de Santo Domingo, y que en casi toda la isla ha causado males considerables.

En el primer temblor de 1564 de que aquí se hace



Todo lo he visto y todo lo he sentido,  
 Ya la ley del eterno cometido  
 Callo y espero sin osar siquiera  
 Indagar ni la causa ni los fines.  
 Y tú, mortal, quien eres?  
 Quien eres que atrevido  
 Pretendes sondear los juicios santos?  
 Sella el labio, profano, y nunca esperes  
 Descubrir los arcanos  
 Que impenetrables son a los humanos:  
 Reconoce de un Dios aquí la hechura,  
 De un Dios que es bondadoso;  
 Aún más quiero decirte:  
 Sométete a sus leyes humilde,  
 Y no tendrás jamás que arrepentirte.

Así el Yaque me habló; y en el instante  
 So las límpidas aguas  
 Lanzóse con estruendo:  
 Asustadas las Náyades sacaron  
 De conchas adornadas sus cabezas,  
 Las bulliciosas ondas desplegaron  
 Un ancho circo abriendo,  
 Y a la orilla se fueron acojiendo.  
 Estático quedéme; empero vueltos  
 Del estupor y pasmo los sentidos,  
 Un tanto recojidos;  
 Si misero! no hay duda, yo me digo,  
 Un Dios así lo ordena:  
 El es quien es; terrible en el castigo  
 Con su inmenso poder todo lo llena  
 Y es la misma bondad por excelencia;  
 Solo él de sus juicios saber puede:  
 Oculto a nuestros ojos, su presencia  
 En el mundo se anuncia a cada paso;  
 El mide su existencia  
 En lo infinito.....

Resignaos, mortales,  
 Que este Dios es el Dios de cuyo brazo  
 Un movimiento solo fué bastante  
 A Sodoma y Gomorra,  
 Adama y Seboin que en el instante,  
 Cual débil caña de huracan al soplo,  
 Cayeron abatidas

mención, la poca población que se salvó de las ruinas de la antigua Vega que se asegura constaba de 18.000 almas, se refugió al lugar donde hoy existe la ciudad de este nombre, en el que había entonces una capilla dedicada a San Sebastian; y los que se salvaron de la primera ciudad de Santiago que se dice contenía 14.000, se establecieron en el hato de la Viuda de Minalla donde levantaron la opulenta y nueva Santiago que el 7 de Mayo de este año fatal, ha quedado reducida a un promontorio de escombros. De modo que del primer terremoto magno a este último han transcurrido 278 años, 17 días, 8 horas y 30 minutos. Además de estos grandes terremotos, este país recuerda otros que aunque de menos entidad, también han sido lamentables sus efectos: los de 1684 y 1691 que causaron graves daños a la Ciudad de Santo Domingo; el de 1770 que dejó 200 cadáveres bajo las ruinas de Puerto Príncipe; y los de 1701, 1713, y 1734 que fueron menos fuertes, como también los de diciembre de 1791.

Y en polvo y nada fueron convertidas;  
 Es el Dios de Abraham, Dios de justicia,  
 El Dios de Sabaoth; el mismo, el mismo  
 Que confunde enojado la malicia,  
 Que abate al poderoso  
 Lanzándole al abismo  
 Con sólo su querer; el que desquicia  
 Los tronos, los imperios; y al virtuoso,  
 Al humilde lo ensalza bondadoso:  
 Bajo su augusta planta  
 Ruedan los mundos; sublimado trono  
 Asiento es de su gloria en el Empireo,  
 Allí donde le canta  
 De Querubens el coro en alto tono  
 Alabanzas y honor; de allí nos mira,  
 Y es desde allí que sin pasión ni encono  
 Despide sus bondades y su ira;  
 Ira fatal al hombre!!! sus efectos

Hoy lamenta esta tierra desgraciada!  
 Si mácsimo Señor, óptimo Padre,  
 Nada en lo creado a tu querer resiste;  
 Una mirada tuya fué lanzada  
 Que mas, oh Dios!, no hiciste,  
 Y en flamíjero carro más brillante  
 Que el astro rey, al punto, como el rayo  
 Veloz en su carrera,  
 De aquí cruzar se viera  
 El ancho espacio en la mitad del día  
 A tu heraldo fatal pronosticando  
 Lo que a la tierra suceder debía (17):  
 La magestad de un Dios así se ostenta;  
 Magnífico y sublime en todo, aun cuando  
 Enojado se muestra castigado!  
 ¿Quién es el que tus dones desconoce?  
 Quién, Dios grande, no teme tus enojos?  
 El impío, el incrédulo se jacta  
 De profanar tu nombre sacrosanto,  
 En tanto que sus ojos  
 A tus eternas leyes, sin quebranto,  
 El orden que has marcado ven siguiendo;  
 Pero apenas te muestras irritado,  
 Su catánica boca  
 Balbuciente se torna y se desdice,  
 Y al punto te bendice,  
 Su sólo Dios te aclama  
 Y mil veces se humilla y mil te llama.

Yo, Señor, cantara tus bondades,  
 Tu poder infinito y terribleza,  
 Si de mi humilde lira al son pudiera  
 Cantar tanta grandeza:  
 El harpa milagrosa  
 Del inspirado rey yo no la tengo;  
 Así es que todo a mi fervor es dado,  
 Ya que no puedo como Dios cantarte,  
 Un altar en mi pecho consagrarte.

J. J. ILLAS.

Puerto Plata,  
 Agosto 9 de 1842.

(17) El mismo día 7 se dejó ver un gran meteorito como 4 o 5 horas antes del terremoto.